OBREROS en una barricada en Barcelona en 1936, al comienzo de la Guerra Civil española.

CAMINO AL DESASTRE

En busca de los auténticos motivos que echaron abajo la República, Julián Casanova analiza cómo se encontraba nuestro país política y socialmente cuando tuvo lugar la intentona golpista que desembocó en la Guerra Civil.

JULIÁN CASANOVA, CATEDRÁTICO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA EN LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

La Guerra Civil es el acontecimiento central de la historia del siglo XX español. Desde aquel verano de 1936, y ya han pasado ochenta años, ha habido múltiples intentos de explicar sus causas, desarrollo y consecuencias. Ningún período de nuestra historia ha generado tantos libros y disputas tan agrias. Pero, a pesar de todo lo que se ha dicho y escrito, la propaganda, las manipulaciones, las narraciones subjetivas y las explicaciones en blanco y negro hacen muy difícil un acuerdo básico.

Tampoco resulta sencillo superar la visión esencialista tan difundida de que la Guerra Civil fue el resultado de odios ancestrales en un país con una identidad y un destino históricos supuestamente muy inclinados a la violencia "entre hermanos". Tras buscar durante mucho tiempo las explicaciones sobre cuál de los bandos era más culpable, desde los años finales de la dictadura de Franco y los primeros de la transición a la democracia ganó terreno una especie de equivalencia moral en el reparto de las culpas por causar la guerra y en la violencia desencadenada, un conflicto inevitable por esas animosidades históricas enquistadas e irresueltas.

NO ES FÁCIL SUPERAR LA VISIÓN TAN DIFUNDIDA DE QUE LA GUERRA CIVIL FUE EL RESULTADO DE ODIOS ANCESTRALES

Más allá de la búsqueda de culpables, lo que vamos a examinar en estas páginas es el escenario que llevó a la sublevación militar de julio de 1936 y a la quiebra del Estado y de la autoridad pública como consecuencia de ella. Fue el fracaso de esa sublevación la que posibilitó ocupar con armas el vacío dejado por la crisis del Estado, manifestada en el derrumbamiento de la legalidad y en la pérdida del monopolio de los mecanismos de coerción y represión sobre los ciudadanos.

De monarquía a república

Hasta que llegó la Segunda República, la sociedad española parecía mantenerse un poco al margen de las dificultades y los trastornos que sacudían a la mayoría de los países europeos desde 1914. España no había participado en la Primera Guerra Mundial y no sufrió, por tanto, la fuerte conmoción que esta provocó, con la caída de los imperios y sus servidores, la desmovilización de millones de excombatientes y el endeudamiento para pagar las enormes sumas de dinero dedicadas al esfuerzo bélico.

A la monarquía española no la derrumbó una guerra, como pasó en otros países de Europa. La caída de la dictadura de Primo de Rivera el 28 de enero de 1930 generó un proceso de radicalización política y un auge del republicanismo. En esa movilización por la República confluyeron viejos conservadores que decidieron abandonar al rey, republicanos de toda la vida, republicanos nuevos, **socialistas** y destacados intelectuales. Unos meses después, las elecciones municipales del 12 de abril se convirtieron en un plebiscito entre monarquía y república. Muy pronto se supo que los republicanos habían ganado en la mayoría de las capitales de provincia. Y el gobierno del almirante Juan Bautista Aznar dimitió, Alfonso XIII se fue y muchos municipios proclamaron la República el 14 de abril de 1931.

CELEBRACIONES tras la proclamación de la II República en Madrid, 14 de abril de 1931.

RODEADA DE ENEMIGOS

El acoso a la República, desde fuera y desde dentro

LA REFORMA militar que emprendió Azaña desde el Ministerio de la Guerra fue duramente combatida por un sector de la oficialidad y por los medios políticos conservadores. Hubo ruido de sables ya desde el verano de 1931, pero el único intento serio de sublevación, el del general Sanjurjo en agosto de 1932, fracasó.

LA REPÚBLICA fue también acosada desde abajo, porque en España había un potente movimiento anarcosindicalista que prefería la revolución al gobierno parlamentario. Algunos de sus grupos más radicales se lanzaron a la insurrección en enero de 1932 y enero y diciembre de 1933. (En la imagen, anarquistas detenidos en Pedralba, Valencia). Los socialistas también ensayaron tal vía en octubre de 1934. Con esa insurrección, los socialistas que la apoyaron demostraron idéntico repudio del sistema institucional representativo que habían practicado aquellos grupos **anarquistas** en los años anteriores.

LAS INSURRECCIONES de unos y otros hicieron más difícil la supervivencia de la República, pero el golpe de muerte se lo dieron desde dentro, desde el seno de sus mecanismos de defensa, los militares que rompieron el juramento de lealtad a ese régimen en julio de 1936.

GLOSARIO

ANARQUISTAS
Partidarios de la abolición del Estado, del antipoliticismo y de la acción directa. En la España de los años treinta estaban representados por el sindicato CNT (Confederación Nacional del Trabajo). Se atribuyó a su abstención la derrota de la izquierda en 1933, pero se ha comprobado que los libertarios también fueron a las urnas. Durante la Guerra Civil hubo ministros de esta tendencia, como Federica Montseny.

BLOQUE NACIONAL
Renovación Española, partido monárquico y conservador liderado por José Calvo Sotelo y Antonio Goicoechea, se presentó con el nombre Bloque Nacional en varias circunscripciones en las elecciones de 1936, aunque concurrió en solitario. La denominación debía haber agrupado a una coalición de derechas, finalmente fallida.

CEDA
Siglas de Confederación Española de Derechas Autónomas. Fuerza política que se constituyó en 1933 para ofrecer una alternativa conservadora a la izquierda. En 1934, su incorporación al gobierno, con la presencia de tres ministros, suscitó un levantamiento de los sectores que temían que este fuera el inicio de un régimen fascista.

FALANGE
Partido de extrema derecha fundado en 1933. Su líder, José Antonio Primo de Rivera, era hijo del dictador Miguel Primo de Rivera.

FRENTE POPULAR
Coalición de partidos de izquierda que ganó las elecciones de febrero de 1936. No formó gobierno como tal, ya que el poder pasó a manos de un gabinete republicano.

IZQUIERDA REPUBLICANA
Fue un partido creado por Manuel Azaña en 1934, tras la derrota electoral de la izquierda en las elecciones del año anterior. En 1936 se convirtió en la tercera fuerza política, con 87 diputados.

CENTRISTA (PARTIDO DEL CENTRO DEMOCRÁTICO)
Fundado en 1936, lo encabezó Manuel Portela con la intención de unir al cen-

A finales de ese año, con Niceto Alcalá Zamora como presidente de la República y Manuel Azaña como presidente del gobierno, España era una república parlamentaria y constitucional. En los dos primeros años se acometió la organización del Ejército y la separación de la Iglesia y el Estado, y se tomaron medidas radicales y profundas sobre la distribución de la propiedad de la tierra, los salarios de las clases trabajadoras, la protección laboral y la educación pública.
Pero, al mismo tiempo, la legislación republicana situó en primer plano algunas de las tensiones germinadas durante las dos décadas anteriores a raíz de la industrialización, el crecimiento urbano y los conflictos de clase. Se abrió así un abismo entre varios mundos culturales antagónicos, entre católicos practicantes y anticlericales convencidos, amos y trabajadores, Iglesia y Estado, orden y revolución.
Como consecuencia de esos antagonismos, la República encontró enormes dificultades para consolidarse, y tuvo que enfrentarse a formidables desafíos desde arriba y desde abajo. Pasó dos años de relativa estabilidad, un segundo bienio de inestabilidad política y unos meses finales de acoso y derribo. Los primeros desafíos fuertes llegaron desde abajo, con las protestas sociales, y después insurrecciones, de **anarquistas** y socialistas. El golpe de muerte, el que la derribó por las armas, nació, sin embargo, desde arriba y desde dentro, desde el mismo seno de sus fuerzas armadas y desde los poderosos grupos de orden que nunca la toleraron.

LA LEGISLACIÓN SITUÓ EN PRIMER PLANO TENSIONES SURGIDAS DURANTE LAS DOS DÉCADAS ANTERIORES

EDIFICIOS DAÑADOS en Oviedo en el curso de la represión de la Revolución de Asturias en 1934.

Todos los frentes

Las revueltas anarquistas de 1932 y 1933 y, sobre todo, el movimiento insurreccional de octubre de 1934 en Asturias, en Cataluña y en otras localidades dispersas fueron graves alteraciones del orden duramente reprimidas por las fuerzas armadas del Estado republicano. Esas graves alteraciones del orden –como lo había sido ya la rebelión del general Sanjurjo en agosto de 1932– hicieron mucho más difícil la supervivencia de la República y del sistema parlamentario, y demostraron que hubo un recurso habitual a la violencia, un repudio del sistema institucional representativo, por parte de algunos sectores de la izquierda, de los militares y de los guardianes del orden tradicional, pero no causaron el final de la República, ni mucho menos el inicio de la Guerra Civil. Cuando las fuerzas armadas y de seguridad de la República se mantuvieron unidas y fieles al régimen, los movimientos insurreccionales pudieron sofocarse, aunque fuera con un coste alto de sangre.

Frente a las reformas republicanas y el lenguaje y las prácticas revolucionarios, el antirrepublicanismo, las posiciones antidemocráticas y la contrarrevolución crecían a palmos, y no solo entre los sectores más influyentes de la sociedad, como los hombres de negocios, los industriales, los terratenientes, la Iglesia o el Ejército. Caída la monarquía, tras los primeros meses de desorganización de las fuerzas de la derecha, el catolicismo político irrumpió como un vendaval en el escenario republicano. El estrecho vínculo entre religión y propiedad se manifestó en la movilización de cientos de miles de labradores católicos, de propietarios pobres y "muy pobres".
Dominada por grandes terratenientes y sectores profesionales urbanos, la **CEDA**, el primer partido de masas de la historia de la derecha española, se propuso defender la "civilización cristiana", combatir la legislación "sectaria" de la República y "revisar" la Constitución. Cuando esa revisión de la República en un sentido corporativo y autoritario no se pudo efectuar a través de la conquista del poder por medios parlamentarios, sus dirigentes, afiliados y votantes comenzaron a pensar en métodos violentos.

España en dos

Las reformas y los conflictos sociales, la confrontación entre la Iglesia y el Estado republicano, dividieron profundamente a la sociedad española en los años treinta. A partir del triunfo de la coalición del **Frente Popular** en las elecciones de febrero de 1936, la historia de esos enfrentamientos se aceleró. La gente de orden se sintió amenazada por el empuje de las organizaciones sindicales y de las revueltas sociales. La derecha no republicana, derrotada en las urnas, ya solo pensaba en una solución de fuerza contra el gobierno y la República. Un sector importante del Ejército conspiró y no paró hasta derribarlos.
El 72% de la población española, hombres y mujeres, votó en febrero de 1936, la participación más alta de las tres elecciones generales que tuvieron lugar durante la Segunda República. Ganó por pocos votos el Frente Popular, aunque el sistema mayoritario establecido por la Ley electoral le dio una holgada mayoría en las Cortes.

GLOSARIO

trismo, en oposición tanto a la "guerra civil" como a la "revolución roja". Sus resultados electorales fueron muy mediocres, con un 3,51% de los votos.

PARTIDO RADICAL
Fundado en 1908 y liderado por Alejandro Lerroux, representaba en tiempos de la Segunda República posiciones de centro. En el gobierno después de 1933, se enfrentó a las rebeliones de Asturias y Cataluña. Desgastado, entre otros motivos, por los escándalos de corrupción, sufrió un descalabro electoral que lo redujo a la irrelevancia.

SOCIALISTAS
Miembros del Partido Socialista Obrero Español. En la época, el partido estaba dividido en un ala moderada (liderada por Indalecio Prieto) y otra radical (Francisco Largo Caballero).

EMILIO MOLA. A la izqda., Azaña, sombrero en mano, en una tribuna en abril de 1936.

El electorado votó, sobre todo, a socialistas, republicanos de izquierda y católicos. En el Frente Popular, los primeros puestos en las candidaturas los ocuparon casi siempre los republicanos del partido de Azaña, y en la derecha fueron a parar a la CEDA, lo cual no confirma, frente a lo que se ha dicho en ocasiones, el triunfo de los extremos. Los candidatos comunistas siempre estuvieron en el último lugar de las listas del Frente Popular, y los diecisiete diputados obtenidos, después de conseguir solo uno en 1933, fueron el fruto de haber logrado incorporarse a esa coalición, y no el resultado de su fuerza real. La **Falange** sumó únicamente 46.466 votos, el 0,5% del total. El Parlamento que salió de esas elecciones estaba muy fragmentado, más que polarizado. En él, además, el **Partido Radical**, el más histórico de los partidos republicanos, fundador de la República y que había gobernado en los dos años anteriores, se convirtió en un mero espectador.
José María Gil-Robles, líder de la CEDA, intentó convencer al **centrista** Manuel Portela Valladares, el todavía presidente del gobierno, de que no dimitiera y declarara el estado de guerra. El general Franco, jefe de Estado Mayor, telefoneó al general Sebastián Pozas, director general de la Guardia Civil, y le pidió que, para prevenir el desorden y la revolución, se uniera a una acción militar que ocupara las calles. Pozas, viejo africanista fiel a la República, se negó, y Franco presionó entonces al general Nicolás Molero, ministro de la Guerra. El general Manuel Goded quiso sublevar el cuartel de la Montaña de Madrid, y otros dos generales, que habían estado en todas las conspiraciones contra la República, Joaquín Fanjul y Ángel Rodríguez del Barrio, sondearon otras guarniciones de la capital. Franco no vio la situación madura y se echó atrás.

La etapa de Azaña

Ante las presiones de unos y de otros para que declarara el estado de guerra y anulara los resultados de las elecciones, y asustado por los rumores de golpe militar y por los disturbios provocados en varias ciudades para liberar a los presos políticos, Portela dimitió el 19 de febrero. El presidente de la República, Alcalá Zamora, llamó a Azaña para encargarle la formación del gobierno.
En ese gobierno solo hubo republicanos, tal como había pactado Azaña con los socialistas antes de las elecciones. Era un gobierno moderado, mal llamado de Frente Popular, pero los dos partidos en él representados no ocupaban ni la cuarta parte de los escaños de las Cortes, y eso podía complicar su estabilidad. En las primeras declaraciones, Azaña pidió unión bajo una misma bandera "en la que caben los republicanos y no republicanos, y todo el que siente amor a la patria, la disciplina y el respeto a la autoridad constituida".
Un deseo con poca base social. La amenaza al orden y la subversión de las relaciones de clase se percibían en 1936 con mayor intensidad que en los primeros años de la República. El lenguaje de clase, con su retórica sobre las divisiones sociales y sus incitaciones a atacar al contrario, había impregnado gradualmente la atmósfera española desde que el proyecto reformista de los primeros gobiernos republicanos chocó con obstáculos insalvables. La violencia, además, hizo acto de presencia, con algunos atentados contra personajes conocidos y choques directos armados entre grupos políticos de la izquierda y la derecha.
La prensa católica y de extrema derecha incitaba a la rebelión frente al desorden, que atribuía al "gobierno tiránico del Frente Popular", "enemigo de Dios y de la Iglesia". Pero toda esa ofensiva de las viejas oligarquías y de las masas católicas de la CEDA no habría dado los frutos deseados si no hubiera podido contar con las armas de un sector importante del Ejército.
El gobierno de Azaña, a propuesta del general Carlos Masquelet, ministro de la Guerra, hizo, hasta mediados de marzo, importantes cambios y traslados que afectaron a altos mandos de los que se sospechaba su participación en la trama conspirativa, o que habían declarado la necesidad de una intervención militar. Fueron sustituidos por militares republicanos o supuestamente fieles a la legalidad establecida, aunque los acontecimientos demostraron muy pronto que esa política de traslados no sirvió para frenar la conspiración y el golpe. Algunos de esos militares trasladados se sintieron, además, agraviados. Franco, por ejemplo, según Paul Preston, "lo juzgó una degradación y otra humillación a manos de Azaña", un "destierro".

El complot definitivo

De la organización de la conspiración se encargaron algunos militares de extrema derecha y la Unión Militar Española, una organización semisecreta, antiizquierdista, que incluía a unos cuantos centenares de jefes y oficiales. El 8 de marzo, Franco –que partía al día siguiente para Canarias–, los generales Mola, Orgaz, Villegas, Fanjul, Rodríguez del Barrio, García de la Herrán, Varela, González Carrasco, Ponte y Saliquet y el teniente coronel Valentín Galarza se reunieron en Madrid, en casa de José Delgado, corredor de bolsa y amigo de Gil-Robles, "para acordar un alzamiento que restableciera el orden en el interior y el prestigio internacional de España". Los asistentes mostraron también su acuerdo en que el general Sanjurjo, que vivía entonces en Portugal, encabezara la sublevación.
El principal protagonista de la trama, sin embargo, acabó siendo el general Mola, quien se entrevistó con los distintos jefes

La excusa del desorden

POR QUÉ NO SE SOSTIENE EL AÚN PERSISTENTE ARGUMENTO DEL CAOS DE LA PRIMAVERA DE 1936

FUE UN LUGAR común de la propaganda franquista que han repetido en los últimos años algunos autores: poner énfasis en la inclinación de la sociedad española a la violencia y en la responsabilidad del mal llamado gobierno de **Frente Popular**, desde mediados de febrero hasta la sublevación de julio de 1936, por no frenarla e incluso estimularla. (Abajo, atentado contra la tribuna presidencial en el V aniversario de la República).

CON LOS DATOS disponibles, resulta aventurado aceptar la rutinaria afirmación de que España entró en la primavera de 1936 en una oleada de huelgas sin precedentes, de desorden social, que justificaría la rebelión militar. La confederación anarcosindicalista CNT, al contrario de lo que había pasado en el primer bienio republicano, no tuvo especial protagonismo en ese movimiento huelguístico. Y que aquel no fue un período álgido de conflictividad social en el mundo rural es algo que han constatado estudios recientes. Los conflictos no fueron ni más elevados ni más acusados de lo que lo habían sido de 1931 a 1934. No hubo insurrecciones campesinas, y la matanza de Yeste (Albacete) del 29 de mayo, donde diecisiete campesinos fueron acribillados a tiros por la Guardia Civil, no produjo ninguna movilización social y ni siquiera revitalizó el culto a los mártires de anteriores ocasiones.

de la rebelión y dictó, con el seudónimo de "El Director", varios informes, instrucciones y anexos reservados para el mando de las diferentes divisiones. La primera de las "cinco instrucciones reservadas" la firmó el 25 de mayo. En ella expuso Mola las condiciones necesarias "para que la rebeldía pueda alcanzar completo éxito". Fue también en esa primera "instrucción reservada" donde dejó sentenciada la necesidad de una violenta represión: "Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo [...]. Desde luego serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no afectos al Movimiento, aplicándose castigos ejemplares".

La respuesta de los militares a sumarse al golpe fue lenta, pero cuando Mola redactó esa primera "instrucción reservada" ya sabía que las guarniciones de Marruecos estaban dispuestas a sublevarse. El 4 de julio, el acaudalado Juan March aceptó aportar el dinero para conseguir el avión que trasladaría a Franco de Canarias a Marruecos. El avión, un De Havilland Dragon Rapide, fue alquilado dos días después en Inglaterra, con las 2.000 libras esterlinas proporcionadas por March, por Luis Bolín, el corresponsal del periódico *ABC* en ese país.

El asesinato de José Calvo Sotelo, dirigente del **Bloque Nacional**, cometido en la madrugada del 12 al 13 de julio por miembros de las fuerzas de policía de la República, convenció a los golpistas de la necesidad urgente de intervenir y sumó al golpe a muchos indecisos, que estaban esperando a que las cosas estuvieran muy claras para decir que sí y comprometer con más garantías sus sueldos y sus vidas. El general Franco, cuando recibió la noticia en la mañana del día 13, le dijo a quien se la dio, el coronel Teódulo González Peral,

EL ASESINATO DE CALVO SOTELO SUMÓ AL GOLPE A MUCHOS INDECISOS QUE ESPERABAN PARA COMPROMETERSE

palabras divulgadas siempre después por los apologistas del golpe para mostrar la conexión entre ese asesinato y la decisión final de Franco de intervenir: "La patria ya cuenta con otro mártir. No se puede esperar más. ¡Es la señal!".

Al día siguiente, el Dragon Rapide llegó a Canarias. En la tarde del 17 de julio se sublevaron en Marruecos las guarniciones de Melilla, Tetuán y Ceuta. El día 18, de madrugada, Franco firmó una declaración de estado de guerra y se pronunció contra el gobierno de la República. El 19 llegó a Tetuán. Mientras tanto, otras muchas guarniciones militares de la península se sumaban al golpe.

Mitos persistentes

No hay, en definitiva, una respuesta simple a la pregunta de por qué del clima de euforia y de esperanza de 1931 se pasó a la guerra cruel y de exterminio de 1936-39. Hay historiadores como Stanley G. Payne que consideran que la Segunda República era "el más polarizado de todos los sistemas democráticos modernos europeos". Pero, en realidad, después de la Revolución Rusa hubo serios intentos insurreccionales y revolucionarios de la izquierda en Europa. Todos fueron derrotados, en un país tras otro, Alemania, Hungría, Italia..., y ninguna democracia liberal pudo ser derribada por las armas por la izquierda. Allí donde esta lo intentó, los mecanismos de represión de los Estados, unidos para salvaguardar el orden social, lo impidieron o dejaron paso, con su consentimiento y apoyo, al establecimiento de dictaduras fascistas o contrarrevolucionarias. España no fue diferente en ese proceso.

Por otro lado, el fascismo y el comunismo, los dos grandes movimientos surgidos de la Primera Guerra Mundial y que iban a protagonizar dos décadas después la Segunda, apenas tuvieron arraigo en la sociedad española durante los años de la República, y no alcanzaron un protagonismo real y relevante hasta que la sublevación de julio de 1936 sustituyó la política por las armas y la Guerra Civil, que comenzó como un problema interno español, se internacionalizó.

El golpe militar no pudo lograr de entrada la conquista del poder. Si lo hubiera conseguido, no habría tenido lugar una guerra civil, sino una dictadura del tipo que estaba comenzando a dominar en Europa en ese momento y que se estableció en España a partir de abril de 1939. La sublevación, al ocasionar una división profunda en el Ejército y en las fuerzas de seguridad, debilitó al Estado republicano y abrió un escenario de lucha armada, de rebelión militar y de revolución popular violenta allí donde los militares no pudieron conseguir sus objetivos. España quedó partida en dos. Y así siguió durante una guerra de mil días. La guerra no vino causada por la violencia de los años anteriores, sino que fue ella la que causó en nuestro país esa violencia sin precedentes con la que tanto la identificamos. Afirmar lo primero es volver la historia del revés y comenzarla por el final. Aunque va a ser difícil de desterrar el mito en el que se sostiene. ■

EL CUERPO de José Calvo Sotelo, fundador del Bloque Nacional, asesinado en julio de 1936.

PARA SABER MÁS

ENSAYO

CASANOVA, **Julián.** ***España partida en dos. Breve historia de la guerra civil española.*** Barcelona: Crítica, 2013.

DEL REY, **Fernando (dir.).** ***Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española.*** Madrid: Tecnos, 2011.

FRASER, **Ronald.** ***Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española.*** Barcelona: Crítica, 2007 (1979).

GONZÁLEZ CALLEJA, **Eduardo,** COBO ROMERO, **Francisco,** MARTÍNEZ RUZ, **Ana** y SÁNCHEZ PÉREZ, **Francisco.** ***La Segunda República Española.*** Barcelona: Pasado & Presente, 2015.